

ennoblece la aplicación de los conocimientos profesionales; para el rosarista la vida no es fácil, el conocimiento es tranquilizador, el acierto no es concluyente, ya que siempre le acompaña un sentido de la responsabilidad ante la sociedad y ante Dios que le angustia y le mantiene en permanente tensión.

La consagración de Monseñor Castro por el Rosario no sólo ha dado sus frutos en el campo de la formación del carácter del rosarista; también se ha concretado en el progreso tangible de la Fundación de Fray Cristóbal. El mejoramiento de las instalaciones del bachillerato, la diversificación de las carreras universitarias, el aumento de las escuelas anexas, la existencia de planes para ensanchar los locales de las Facultades son buenos ejemplos de lo que Monseñor Castro logró para el Rosario en este campo.

El espíritu de Monseñor Castro reposa hoy en el lugar que el Señor tiene reservado más allá para sus fieles. A nosotros nos queda la memoria de su carácter, el recuerdo de sus enseñanzas y los beneficios de su Rectoría. En esta forma Monseñor Castro estará siempre con nosotros en el Claustro y en todas nuestras actividades profesionales.

Al despedir los despojos mortales del Señor Rector, debemos saludar su presencia en nuestra memoria.



SEÑOR DE LA PALABRA

Antonio Rocha dijo en los funerales de Monseñor Castro Silva, Rector del Colegio Mayor del Rosario.

La muerte causa de suyo temor y angustia a los seres vivientes. En muchísimos hombres el choque formidable desata todas las fuerzas del instinto para ver de rehuír o de atenuar el tremendo colapso. El espectáculo presentado o contemplado de un organismo que se derrumba de la forma a la total descomposición es muy poderoso y lleva la desesperación al paroxismo. Dígalo aquel grito de Baudelaire cuando canta la imagen de "Ses Amours Descomposées". La mera imagen de la catástrofe debilita y como que paraliza las finas dialécticas del consuelo, del afecto, inclusive de la voluntad alzada en desafío. Enfrentarse a la muerte es lo que todos llamamos heroísmo. Y sin embargo, para el auténtico creyente, el de inmediata y profunda fe, el enorme suceso lo transmuta maravillosamente en culminación del sér, en razón y causa de plenitud, de serenidad y hasta de júbilo. Quien ve morir al justo, no necesita más doctrina que la que irradia la paz de ese semblante.

Mas con pensamientos de este mundo de acá, quiere uno también explicarse ese súbito acceso a cumbres de perfección, en el justo momento y por la misma causa de lo que se nos ofrece como derrumbamiento total:

Entiendo que los físicos modernos han descubierto y enseñado que el más asombroso fenómeno de la naturaleza, que es la luz, es la materia llegada a su más extremo punto de ruptura. Cuando la materia llega al punto mismo en que se conjuga con la pura energía, cuando llega al propio término de su transmutación en que pierde su peculiar naturaleza, se resuelve o disuelve en luz. Así, como la materia llega a ser poco menos que nada, cuando se produce en ella un radical colapso, cuando se derrumba y deshace casi íntegramente, resulta ese elemento de la luz, en que todo consiste y nada es, que enlaza el mundo, la mensajera celeste, la hija primogénita del Cosmos, la guiadora, la que juega con las leyes de la naturaleza, la reveladora del mundo, la gloria de la vida, la hija genitora de la belleza, la admirabilísima pintora que dijera Rafael Pombo. ¿No será así lo que ocurre con la muerte del justo?

La inmortalidad del hombre se cumple o puede cumplirse en muy diferentes modos. Seguramente se la alcanza en la creación de una patria. Ese organismo superior es un ámbito en que pervive el hombre que la amó, que la aumentó en vigor y gloria, que le infundió valores de alma y, con ellos, un destino superior y una vida más feliz. Justamente los claustros del Rosario son un panteón en que moran hombres de egregia condición, en cuyo recinto actúan eficaz y realmente en el proceso formador de la nación colombiana. Hasta el punto de que se experimenta con suma claridad al recorrer estos espacios, como era natural y necesario que mucha de su gente prócer saliera de sus aulas para marchar al patíbulo, porque sólo en la muerte y por la muerte culminaba la razón de su propio vivir.

En verdad, aquí en el Colegio Mayor se juntan y se conjugan la cuna y el sepulcro, la vida que concluye en muerte, y la muerte que justifica la vida: aquí se ve patentemente cómo en un brevísimo espacio se cumple el nacer, el morir y el persistir de un organismo realísimo, cual es la patria. El Rosario es de por sí ejemplo y demostración concretos de una forma de inmortalidad humana, que se alcanza cuando el hombre se supera, al transfundirse en seres más altos que el propio suyo. En esta tumba que va a cerrarse, Monseñor José Vicente Castro Silva tiene cátedra ilustre y continuada, y desde ella sigue adoc-trinando, guiando, formando y animando como lo hiciera en su eminente rectoría. Solo que en modos aún arcanos, que apenas comienzan a ser percibidos y determinados por los sabios de alma atenta.

Para quien fuera Señor de la Palabra, las mías son míseras e insignificantes. Solo personajes de similar maestría a la suya deben ponderar y loar una personalidad tan alta y múltiple. Mas cuando uno de esos pares suyos llegue a juzgarle y ponderarle, habrá de recurrir a su propia voz egregia, escuchándole discurrir en el elocuentísimo silencio de su sepulcro, y también en los ecos de su personalidad pulsante, que bate el corazón y el ánimo en que él sigue habitando y actuando, con no menor eficacia de la que tenía en forma espacial y sensible. Además, cosa cierta es que la patria engendra a los que la engendraron y que le infunde vida real y verdadera a los que verdadera y realmente entregaron su vida por ella.

Así se cumple para aquéllos ante quienes la patria era santa y sacra, vocablos sumos en un prelado para quien lo Divino es lo sumo de lo real y lo existente, para quien Dios es Jesucristo, dador de la inmortalidad, dispensador de las glorias eternas. Y cobra también calidad eminente en el discípulo fidelísimo de Tomás de Aquino, cuyo espíritu es el propio foco nuclear de las enseñanzas de este famoso Instituto, que es un altar erigido para que se cumpla en él el supremo rito de que descienda la divinidad y se vierta en el cáliz de la patria colombiana.